



*LOS TOLUPANES DE LA
MONTAÑA DE LA FLOR DEL
DEPARTAMENTO DE YORO,
HONDURAS CAMINO A LA
EXTINCIÓN*

*Oscar Rojas Flores**



La Montaña de La Flor es una región cercana a Tegucigalpa, quizás unos 120 kilómetros al noreste, y que tiene acceso por medio de unos 60 kilómetros de excelente carretera y unos 60 kilómetros de carretera lastreada.

Llegar a la Montaña de La Flor, produce una sensación de bonanza. Bosques amplios de coníferas, montes verdes a ambos lados de la carretera y sobre la misma, pintorescas poblaciones. Sin embargo, llegar a la

* Profesor IDELA, UNA.

comunidad de los tolupanes, resulta una experiencia que deprime.

Resulta dudoso que exista un grado de indigencia igual en otra comunidad indígena de la región. La condición humana que en los estados más primitivos de desarrollo se pueda dar, está sustentada en una estructura productiva de sobrevivencia. Cabe aclarar que sobrevivencia significa acceso a un mínimo normal de atención de necesidades básicas que permitan un desarrollo quizá incipiente pero no de pobreza extrema, ya que esta fatalmente conduce a la destrucción de cualquier grupo humano. Este es el cuadro que presenta la comunidad del pueblo tolupán, de la Montaña de La Flor. La situación de pobreza extrema llega actualmente a unos niveles, que origina que los miembros de esta comunidad hayan perdido sus aspiraciones por una vida mejor. Esta es la impresión que recogemos en el primer contacto realizado, en forma muy breve, con este pueblo.

El domingo 15 de julio de 1990, un grupo de estudiantes de la Cátedra de Antropología de la Universidad Pedagógica de Honduras, un grupo de representantes de los pueblos indios de los países centroamericanos y quien escribe estas notas, viajamos a este lugar con el fin de visitar a esta comunidad. Los jóvenes estudiantes tenían como propósito, realizar una experiencia de campo como asignación del Dr. Tulio Mariano González, profesor de la Cátedra de Antropología y buen amigo nuestro. Esta actividad se realizó en la escuela de la comunidad, que es un cuarto de adobes de unos cuatro metros por cuatro. El esfuerzo de estimulación de los estudiantes a la participación de niños y adultos mediante la emulación, dejó entrever aspectos sumamente crudos. Cuando a los niños se les ofreció retribuir con un premio por simular bailar, no se pudo realizar el concurso porque el maestro del lugar expresó: «aquí los niños no bailan»; luego entonces se les planteó la misma retribución si los niños cantaban, y de nuevo el maestro respondió: «aquí los niños no cantan». Por algún tipo de participación se les entregaron balones a los niños, y para sorpresa de los presentes, estos niños no se pusieron a jugar con sus bolas durante nuestra permanencia.

Madres «amamantando» a sus niños con sus pechos flácidos y secos, se encontraban sentadas en el suelo rodeadas de tres o cuatro niños más; su estado de desnutrición lo mostraba un color azulejo, confundido por una suciedad acumulada en sus rostros y un sucio vestido roído. Los hombres con miradas extraviadas entre lo incomprensible y lo indiferente, escuchaban y observaban el desarrollo del evento. En todos ellos la condición de su ropa era de indigencia. La suciedad del cuerpo se confundía con la de su ropa. Algunos vestían ropas que mostraban aportes caritativos de carácter urbano; más parecían sectores mendigantes de suburbio urbano que miembros de una cultura que tuvo tiempos de brillantez y valentía. El abandono a lo inexorable de su extinción, les hace indiferentes a su propia realidad.

Cuando nos reunimos con su cacique, don Cipriano Martínez y un grupo de líderes comunales, su actitud fue de complacencia con nuestra visita, de un agrado matizado con un fondo religioso obnubilante y contrario al normal planteamiento de otras comunidades, ni una formulación de inquietudes, demandas, proyectos y aspiraciones. Parecía que de aquella agobiante pobreza emerge un conformismo o una pérdida de sentido de la vida que condena a este pueblo indio a su desaparición.

En contraste con este lamentable panorama surgió un miembro del Instituto Lingüístico de Verano, con un físico de un metro ochenta y vistiendo ropa sport y en su cuello una cámara de fotografiar profesional, libreta y lápiz, recogiendo la información de nuestras conversaciones con miembros de la comunidad, fotografiando nuestra participación y siguiendo pie a pie todos nuestros movimientos. Por su conversación entrecortada supimos que miembros de este Instituto tienen 20 años de estar en este lugar, que parte de su estrategia de trabajo es introducir una práctica religiosa fundamentalista y que don Cipriano, además de Cacique, estos señores le habían convertido en «guía espiritual» de su pueblo, haciéndolo pastor. Pensamos entonces en cuál es la relación directa entre estos «gringos buenos» y la situación de extinción de estos pueblos. Por esta razón nos comprometimos a dar a

conocer esta dolorosa situación de los tolupanes de la Montaña de La Flor; un caso de violación de los derechos fundamentales del hombre, provocado en una forma directa o indirecta, ante la actitud contemplativa de la sociedad global. El grado de degradación de su modo de vida es de tal magnitud que desborda las posibilidades de plantear alternativas de recuperación de una cultura que fallece desesperadamente aferrada a su idioma que es el sustento de su identidad cultural, tan agraviada. En este tipo de casos es donde pensamos lo lejos que está la sociedad nacional de esta realidad. Como su estructura institucional naufraga en un valladar de actitudes insulsas, como nuestras propias universidades se muestran incapaces de realizar un acercamiento a una situación que requiere de sensibilidad humana y de sencillez para promover la búsqueda de una comprensión para postular alternativas. Aquí el método se trastoca en angustia, las expectativas en un simple aliento que cada vez se debilita más.

